

LA MISA, SINTESIS DE LA PALABRA Y DE LA OBRA DE DIOS

Por Casiano FLORISTÁN
Catedrático de la Universidad Pontificia
de Salamanca

Las obras y las palabras de Dios son como los dos polos en los que se apoya el eje de la Revelación, desde la palabra de Dios en la Biblia —que no deja de ser acción— hasta la acción de Dios en la Liturgia, y especialmente en la Misa —que no deja de ser palabra suya—.

Los modernos Directorios de Pastoral sobre la misa distinguen en la celebración de la Eucaristía dos partes netamente diferenciadas, basados en una división ya tradicional. La primera parte, antiguamente llamada «misa de los catecúmenos», es denominada «liturgia de la palabra de Dios»; la segunda, o «misa de los fieles», es designada con el nombre de «liturgia del sacrificio eucarístico». En la primera parte, el acento recae sobre la Palabra; en la segunda, está patente la acción.

Vamos a estudiar la misa ahora como síntesis de la Palabra y de la Obra de Dios. Para ello comencemos por examinar rápidamente en la escritura qué relación tienen ambos constitutivos de la misa. Después nos detendremos en la Liturgia.

I.—LA PALABRA Y LA OBRA DE DIOS EN LA ESCRITURA

A) *En el Antiguo Testamento.*

Desde las primeras páginas del Libro Sagrado aparece la palabra de Dios unida a su obra. La palabra en el antiguo Testamento tiene valor de suceso. El término *dabar* designa no solamente la palabra, sino también la cosa (Gen 15, 1; 18, 14; I Rey 11, 41). Frecuentemente se compara la palabra al soplo (Sal 33, 6; 147, 18; Is 11, 4; 34, 16,

etcétera) para indicar que no sólo subsiste en la conciencia del que la pronuncia, sino que permanece en el exterior. Por este motivo, son siempre válidas las maldiciones y las bendiciones, aunque se hagan por error, como en el caso de Isaac (Gen 27, 35-37). Su eficacia proviene de la palabra misma (Os 6, 5; Is 49, 2; Jer 5, 14; 23, 29) o por la fuerza de quien la profiere (I Sam 9, 6) ¹.

En Yavé coincide la palabra con la obra. «Por la palabra de Yavé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca... Porque dijo El y fue hecho; mandó y así fue» (Sal 33, 6, 9; cfr. Is 48, 13; Sab 9, 1). Según el relato del Génesis, Dios habla, y al punto se hacen las cosas (Gen 1). Pero no solamente las cosas proceden de la palabra de Dios, sino que vivimos de su palabra: «No solo de pan vive el hombre, sino de cuanto procede de la boca de Yavé» (Dt 8, 3). La palabra de Dios es irrevocable (Is 31, 2; 45, 23), no vuelve vacía (Is 55, 10-11), cumple su efecto (Jos 21, 43). Por su palabra rige Yavé los fenómenos de la naturaleza (Sal 107, 25; 147, 15-19), el destino de los pueblos (Is 44, 26.28) y, especialmente, los acontecimientos en la vida de Israel (Sal 46, 7) ².

Para concluir cualquier alianza, los hebreos añadían un gesto, que de modo ordinario consistía en una comida o en un sacrificio. La alianza que Dios concluye con Abraham también acaba con un rito, es decir, con el paso de un «fuego llameante» por entre las partes de las víctimas (Gen 15, 17). En última instancia, quedará como signo perpetuo de la alianza el rito sagrado de la Circuncisión.

Después de la obra total de la creación, hecha por medio de la palabra, el acto siguiente más importante que narra la Escritura es la alianza, que consiste en una palabra sellada por un sacrificio. Dios concluye esta alianza con su pueblo en varias ocasiones. Entraña siempre una promesa, como se ve en el pacto del Sináí: «Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 4-6). Moisés, en nombre del pueblo, ofrece sacrificios y vierte la sangre de las víctimas sobre el altar y sobre el pueblo para indicar de un modo gráfico que Yavé y su pueblo tienen una misma sangre, lo cual equivale en hebreo

¹ Cfr. P. IMSCHOOT, *Théologie de l'Ancien Testament*, Tournai, 1954, t. I, p. 200-207.

² *Ib.*, p. 203.

a tener una misma vida. Los ancianos de Israel subieron a la montaña con Moisés, y allí «vieron al Dios de Israel, comieron y bebieron» (Ex 24, 10-11).

Como resumen, tenemos que los pactos de Dios con Noé, Abraham y Moisés fueron sellados con sacrificios (cfr. Sal 50, 4). A veces, al sacrificio sigue un banquete. El sacrificio es la destrucción de una vida como homenaje de sumisión a Dios. Con todo, la sangre nunca se destruye ni se come, ya que es sinónimo de vida, como puede verse en los tres sacrificios principales del Antiguo Testamento, a los que hace referencia el Nuevo: el sacrificio de la Alianza (Ex 24, 3-8), el de la expiación (Lev 16, 15-19) y el del Cordero pascual (Ex 12, 7. 12-14. 21-27).

B) *En el Nuevo Testamento.*

Sin embargo, ni el pacto de la antigua ley era inviolable, ni el sacrificio con el que aquél se concluía era perfecto. Los pactos y sacrificios del Antiguo Testamento son *tipos* de la Nueva Alianza y del Nuevo Sacrificio. Ambos aspectos van entrañablemente unidos en la vida de Israel y en la historia de la Iglesia. Todos los pactos antiguos acabarán con la nueva alianza de la Encarnación, con la cual se unen hipostáticamente la naturaleza humana y la divina en la persona de Jesucristo. Por otra parte, los sacrificios de la vieja ley desembocan en el sacrificio definitivo de la muerte y resurrección del Salvador. Del Dios que habla hemos pasado al Verbo de Dios hecho carne, y de los sacrificios de animales nos hemos trasladado al sacrificio del Hijo de Dios. La sangre natural, signo de vida humana, se transforma en la sangre de Cristo, principio de vida sobrenatural. Allí, la palabra del pacto, por deficiencias del pueblo, podía romperse y separarse del sacrificio, así como el sacrificio tenía el peligro de convertirse en un gesto puramente exterior; aquí hay una indisolubilidad total, ya que la misma palabra encarnada, que dentro de sí entraña el Pacto, es la que se sacrifica. En el Nuevo Testamento no hay más que un Pacto y un Sacrificio, ritualizado con un Banquete.

Jesús de Nazareth aparece ante los hombres pronunciando una Palabra (el Evangelio) y realizando una Obra (el milagro). En primer lugar, los sinópticos hacen resaltar la misión de Jesucristo, presentada bajo estas dos facetas: la proclamación de una palabra y la rea-

lización de una obra, íntimamente unidas entre sí. «Jesús recorría ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, *predicando* el evangelio del reino y *curando* toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 9, 35). Las muchedumbres venían «para *oírle* y *ser curados* de sus enfermedades» (Lc 6, 17-18), porque Jesucristo estaba lleno de *sabiduría* y de *prodigios* (Mt 13, 54). Sin embargo, no es la realización del prodigio lo primero (Mt 7, 22), sino el cumplimiento de la palabra de Dios (Mt 7, 21). Los prodigios que obra Jesús son debidos a su palabra (Mt 8, 16) y todos están subordinados a la gran señal de su muerte y resurrección (Mt 16, 4). Llama Cristo «mala y adúltera» a la generación que busca una señal y que no se somete a la penitencia que exige la predicación del Evangelio (Mt 12, 38).

El objetivo que se propone San Lucas en su evangelio es el de narrar «todo lo que Jesús *hizo y enseñó*» (Act 1, 1), según lo que él pudo recibir de «los que, desde el principio, fueron *testigos oculares* y *ministros de la palabra*» (Lc 1, 2). Los apóstoles, fundamentalmente, fueron los testigos de las señales que Jesús obró, desde el bautismo de Juan hasta la Ascensión del Señor, incluyendo la gran señal de la resurrección de Cristo. Además, fueron los ministros de las palabras que ellos recibieron de Jesucristo; palabras que son «espíritu y vida» (Jn 6, 63), «palabras de vida eterna» (Jn 6, 68), capaces de purificar el corazón (Jn 15, 3).

Los apóstoles recibieron del mismo Cristo esta misión. Jesús «los envió a *predicar* el reino de Dios y a *curar* a los enfermos» (Lc 9, 2), después de darles «poder y autoridad». «Partieron ellos y recorrieron las aldeas *evangelizando* y *curando* por todas partes» (Lc 9, 6). La palabra de Dios, pues, va unida a la obra en la misión de los apóstoles, de modo semejante a lo que sucede en la misión de Jesucristo. Lo mismo ocurre en la última y gran misión que Jesucristo da a los apóstoles antes de ascender a los cielos. «Id, pues, les dice, y *haced discípulos* a todas las gentes, *bautizándoles* en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 18-20). «Y ellos marcharon a predicar por todas partes. Y el Señor cooperó y confirmó su predicación con los milagros que la acompañaban» (Mc 16, 20).

El milagro es, pues, una confirmación de la palabra, y la palabra, una invitación al gran milagro de la conversión mediante la participación de la muerte y resurrección de Jesucristo. La palabra de Dios entraña, por consiguiente, en los sinópticos, una fuerza interior capaz

de curar todas las enfermedades y de dar la vida a los muertos, además de santificar el interior de los hombres.

Los mismos apóstoles, cuando creció el número de los discípulos, dijeron a la muchedumbre convocada: «No es razonable que nosotros abandonemos el ministerio de la palabra de Dios para servir a las mesas» (Act 6, 2). Afirman categóricamente que la proclamación de la palabra es la primera tarea de su ministerio. Y junto a la palabra, la tarea de la obra, transformada en la acción cultual, en la fracción del pan, signo conmemorativo del gran signo de Jonás el profeta, al que aludió Cristo cuando habló de su futura Pasión. «Nosotros —dicen los apóstoles— debemos atender a la oración (a la acción de gracias o eucaristía) y al ministerio de la palabra» (Act 6, 4).

El poder y autoridad de curar enfermedades y de proclamar la palabra viene a los apóstoles de Cristo. «Quien os recibe a vosotros, me recibe a mí —les dice Cristo en la primera misión—, y quien me recibe a mí, recibe al que me envió» (Mat 10, 40). «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mat 28, 20), les dice cuando la última y definitiva misión. La palabra que Jesucristo trajo del Padre está en los apóstoles con la misma fuerza con que está en ellos el poder de hacer milagros. El enviado, para el hebreo, tiene la misma dignidad que el que lo envía. Y apóstol significa, precisamente, enviado. Luego toda la palabra y toda la obra de Cristo, debido a la misión o al envío, debe estar presente de algún modo en la palabra y en la acción de los apóstoles. Los sinópticos lo comprueban cuando nos hablan de la primera misión apostólica.

La Encarnación es la plenitud de la Alianza, la comunicación perfecta de la palabra a la naturaleza humana. Cristo es «el mediador de una más excelente alianza, concertada sobre mejores promesas» (Heb 8, 6), «a fin de que, por su muerte para redención de las transgresiones cometidas bajo la primera alianza, reciban los que han sido llamados las promesas de la herencia eterna» (Heb 9, 15). Así como son el pacto y el sacrificio los dos elementos más importantes en la historia salvífica del Antiguo Testamento, así son la encarnación y la resurrección los dos elementos más decisivos en el Nuevo Testamento. El pacto, en la nueva ley, es sellado por el sacrificio de la cruz. Los sacrificios más importantes del pueblo judío tuvieron en realidad su cumplimiento perfecto en el sacrificio de Cristo. Sin muerte del testador, no hay testamento ni, por consiguiente, pacto; la alianza se

sella con sangre, símbolo de la vida. Por consiguiente, también Cristo «en la plenitud de los siglos se manifestó para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo» (Heb 9, 26). «Lo hizo una sola vez, ofreciéndose a sí mismo» (Heb 7, 27). Pero «como permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo» (Heb 7, 24). Por tanto, «es perfecto su poder de salvar a los que por El se acercan a Dios, y siempre vive para interceder por ellos» (Heb 7, 25). «En suma, la Ley hizo pontífices a hombres débiles, pero la palabra del juramento, que sucedió a la Ley, instauró al Hijo para siempre perfecto» (Heb 7, 28).

En Cristo, pues, se da la palabra total como el sacrificio perfecto, ya que El es la encarnación del Logos y la redención de todos los hombres. La palabra de Dios tiene un carácter sacramental o bien se subordina al sacramento, como el pacto tiene carácter de sacrificio o como la encarnación se subordina a la redención. Y Cristo es la salvación. «En ningún otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos» (Act 4, 12). Ahora bien, aunque El, «viniendo nos anunció la paz» (Ef 2, 17), de tal modo que ya somos «ciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2, 19), realmente fuimos acercados «por la sangre de Cristo» (Ef 2, 13).

En definitiva, la palabra de Dios es salud o tiene un carácter sacramental en cuanto es sellada como pacto por el sacrificio de la Nueva Alianza o en cuanto es, como la encarnación, parte integrante de la redención del Salvador.

II.—LA PALABRA Y LA OBRA DE DIOS EN LA LITURGIA

Hay una acción sagrada donde la palabra de Dios reviste una importancia capital: en la *actio sacra* por antonomasia o celebración de la Eucaristía. La palabra de Dios, litúrgicamente celebrada, es, por una parte, la introducción en la celebración eucarística propiamente dicha, con la cual se une íntimamente. «La Misa —afirma el Directorio francés— es una unidad en la cual la proclamación de la palabra es ya parte integrante del misterio. Como la Eucaristía, la palabra es un festín de la comunidad. Para alimentar con provecho nuestras almas en la mesa eucarística, es excelente que comencemos por alimentar nuestra fe en la mesa de la palabra»³. Por esta razón, la

³ *Directoire pour la pastorale de la Messe à l'usage des diocèses de France*, París, 1956, n. 69.

liturgia de la palabra posee caracteres de eucaristía. Lo es en sentido propio, ya que es acción de gracias, no solamente instrucción. Va dirigida al convertido que ya cree, tanto se trate del catecúmeno como del bautizado. En torno al altar se recibe comunitariamente, puesto que es proclamada por la Iglesia. En ella nos habla Cristo, pero en lenguaje humano. «No es mera noticia pensada y entendida —afirma Guardini—, sino que es un ser real que nos viene, y nosotros recogemos. Y la hemos de recibir y asimilar con toda su corporeidad, con las propiedades características de las frases e imágenes. Entonces tendrá eficacia. Claramente lo da a entender el divino Maestro en la parábola del sembrador, cuando dice que la palabra es la semilla que busca terreno aparejado, puesto que en sí encierra virtud germinativa y energías para comenzar y desplegar la vida. No se ha de recibir, pues, como la inteligencia el concepto, sino como la tierra la semilla»⁴.

Por otra parte, «lejos de ser extraña a la palabra —escribe Roguet—, la eucaristía exige la palabra, la proclamación de las maravillas de Dios, la predicación de Cristo, el anuncio de su pasión y de su resurrección, la promulgación de la alianza»⁵. Por esta razón, la palabra de Dios, al explicitar el *mysterium fidei*, debe ser misteriosa. Canta las maravillas de Dios, primero, y luego, las realiza.

Cristo es la palabra de Dios encarnada que cobra su plenitud en la cruz. Y todo lo que El hizo y enseñó constituye una manifestación o epifanía particular de su propia Persona, que es la epifanía total de Dios sobre la tierra. Todo lo que El hizo, lo realizó por su palabra, ya que era el Verbo; y todo lo que El proclamó, lo pronunció para que se realizase o porque se realizó, ya que sin El nada se hace de cuanto se hace.

Los apóstoles también transmiten la palabra de Cristo, en primer lugar, oralmente. Y después, con la garantía de la inspiración, la escriben. Es palabra de Dios por ser de Cristo, la cual tiende a realizarse. No es palabra suya; ellos son los servidores. Por eso se llama a la predicación ministerio o servicio de la palabra. Y como la palabra de Dios suscita la fe, es también un ministerio de fe. En cuanto son los apóstoles embajadores de Cristo, su palabra es palabra de Dios. Pero tienen ellos, individualmente, el peligro de proclamar su propia

⁴ R. GUARDINI, *El Testamento del Señor*, trad. esp., Barcelona, 1955, p. 81.

⁵ A. - M. ROGUET, *Toute la messe proclame la parole de Dieu*, en «Parole de Dieu et Liturgie», París, 1958, p. 135.

palabra, su palabra humana. Por este motivo, es necesaria la presencia continua de Cristo en medio de ellos, para que sean verdaderos testigos de la palabra. Y como todos los apóstoles, con todos los santos, forman el Cuerpo de Cristo, cuya cabeza invisible es el Señor, siendo la visible Pedro o sus sucesores, la palabra de Cristo es ahora palabra de Dios *in forma Ecclesiae*. La Iglesia es, pues, la depositaria de la palabra de Dios. Es la *communio sanctorum*, la comunidad en torno a las cosas santas, la que recibe y proclama la palabra, primera de las cosas santas. Sin palabra, no hay fe, ni, por consiguiente, Iglesia. La palabra de Dios, convocando, hace nacer a la Iglesia, que en realidad es la convocada. A su vez, la Iglesia se convoca a sí misma y convoca a la comunidad humana para que se transforme íntegramente en *communio sanctorum*.

Pero radicalmente la Iglesia es comunidad en torno a la Eucaristía. Si la vida cristiana comienza con la Palabra de Dios, termina siempre en el Sacramento de los sacramentos; o, dicho de otro modo: de la Eucaristía provienen todas sus fuerzas, incluso las que posee la Palabra para convocar cristianamente. La función de la Palabra no es otra, pues, que la de abrir la marcha de la salud hasta desembocar en la celebración del sacrificio y de la Cena del Señor, fuente radical de Salvación. No es la palabra solo la que da la salvación, puesto que su fuerza (*in forma Ecclesiae*) la recibe en última instancia de la virtud sacramental. Sin embargo, la fe que suscita la Palabra de Dios a través de la Palabra humana es el comienzo de la salud.

La Palabra de Dios se presenta siempre en la celebración litúrgica como la presencia viviente del Señor en medio de la asamblea, ya que las Escrituras hablan de Jesucristo desde el principio hasta el final. «La Biblia —afirma Auzou— es el sacramento de la Palabra que Dios pronuncia y que siempre es su Hijo. Palabra de Dios en un lenguaje humano como Jesús es Dios hecho hombre, la Biblia es comparable a un sacramento, distinto, naturalmente, de los siete sacramentos, comparable en particular a la Eucaristía. La liturgia sugiere, por otra parte, esta comparación por la presencia del misal sobre el altar al lado del tabernáculo, y en las dos partes de la misa: lecturas sagradas y sacrificio de Cristo. Del mismo modo que un sacramento es el signo sensible del don que Dios hace de su gracia santificante, la Escritura es el texto legible de la palabra de Dios que nos dirige para que vivamos. Sin exagerar el paralelo, que cada uno medite y encontrará admirables luces. Sin la Eucaristía, tendríamos

en la Biblia las palabras de un ausente; pero sin la Biblia, la Eucaristía sería una presencia muda. La Eucaristía se propone en comunión, y lo mismo la Biblia»⁶.

Sin embargo, la palabra de Dios adopta en los libros litúrgicos diversos grados de intensidad, ya en razón del valor intrínseco de los textos, ya por la proximidad que las perícopas guardan con la proclamación central de la Eucaristía en la consagración. La liturgia es al mismo tiempo palabra y acción. En determinados momentos, la palabra toma la primacía, sin otro gesto que el de su lectura solemne. En otros instantes, en cambio, es la acción la que predomina en el culto, pero siempre revestida de palabras. La liturgia cristiana no es nunca muda, sino que toma siempre la forma de un diálogo, en el cual las palabras más solemnes son pronunciadas por Jesucristo, Palabra, a su vez, hecha carne. Jesucristo consagra, Jesucristo bautiza. El Evangelio (Buena Nueva) se realiza plenamente en la Eucaristía (Buena Gracia). Y esto sucede únicamente en la comunidad, signo de la Iglesia.

La Misa, cena comunitaria del sacrificio de Cristo, consta de una liturgia de la Palabra, cuya cumbre es el Evangelio, y de una liturgia del Sacrificio, cuyo centro es la Eucaristía. Es, sencillamente, la síntesis de la Palabra y de la Obra de Dios, ya que, por una parte, es el Pacto Nuevo, y por otra, constituye la muerte y resurrección de Cristo, que es el acontecimiento más grande de toda la historia.

⁶ G. Auzou, *La parole de Dieu. Approches du mystère des saintes écritures*, París, 1956, p. 254.